

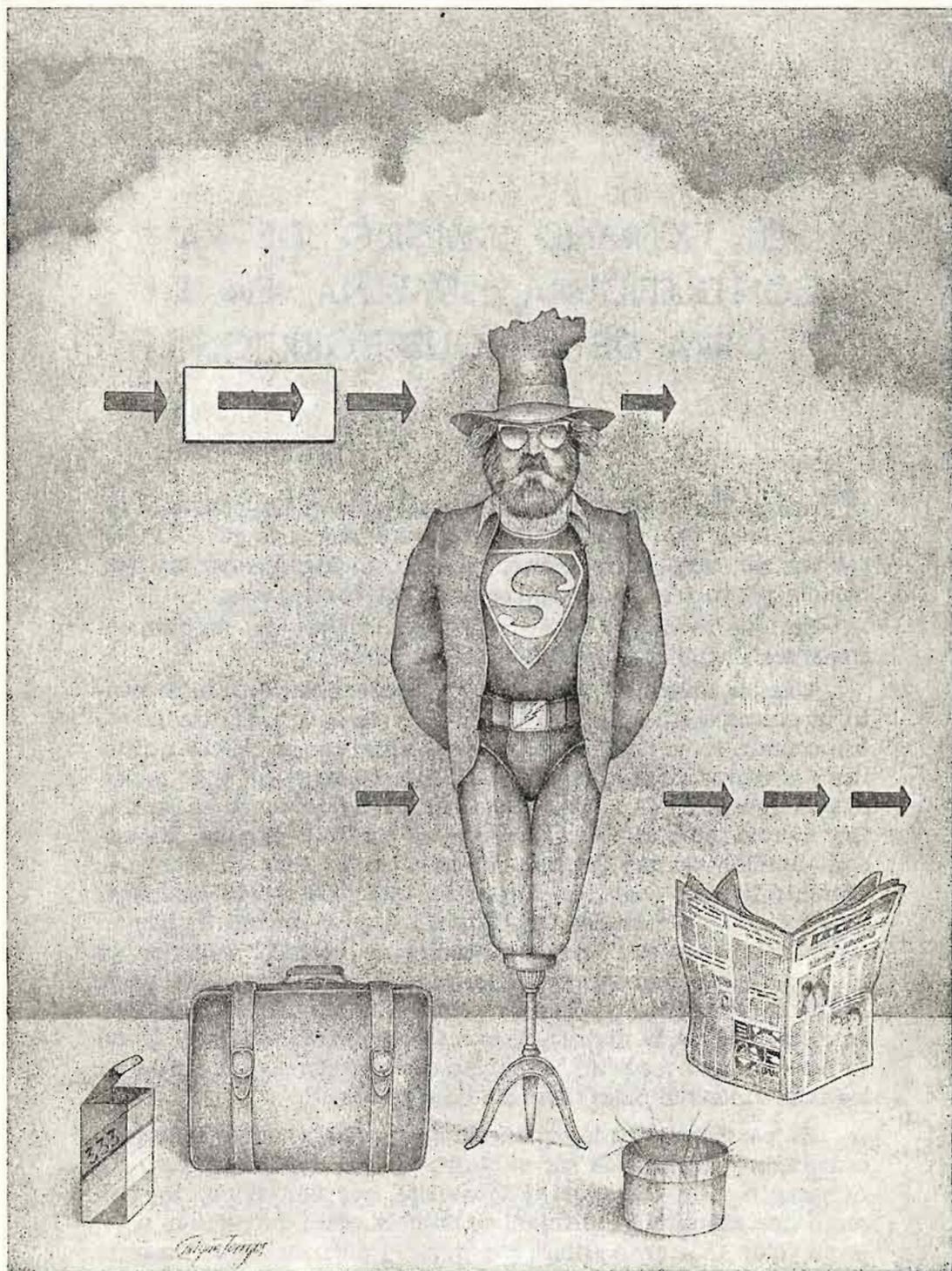
EL EXTRAÑO MUNDO DE LA CONTRAFIGURA HUMANA, EN LA OBRA DE ENRIQUE TORRIJOS

ENRIQUE Torrijos es un hombre sin historia, que se encara al futuro desde ese cero imprevisible del que arranca una juventud en combustión, cargada de sueños, pero con un bagaje espiritual tremendo, que pone en tensión su esperanzada fe en el arte.

Enrique Torrijos es un artista—nació artista—que necesita encontrarse, descubrir lo que realmente le inquieta.

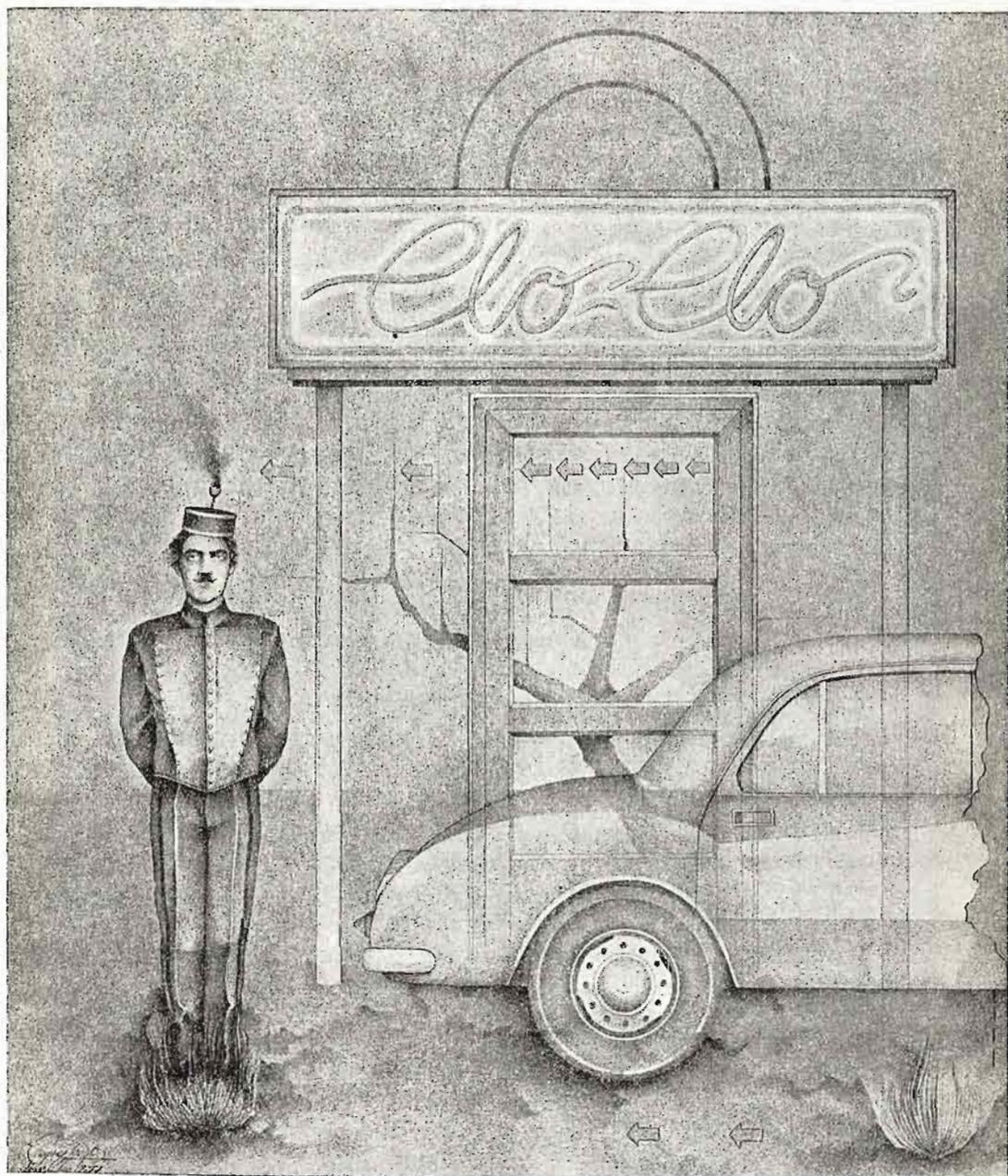
Torrijos, un rostro y una figura alargada. Gesto de niño inocente, que esconde su espesa barba, pero que sus ojos ardientes no saben ocultar, como tampoco la luz de su alma que no conoce traiciones y mentiras. El acercamiento al hombre, a las cosas, le da la verdadera dimensión de su existencia. Enrique parece no tener nervios. Hoy escribo sobre un joven en el que he puesto fe y quizá, seguridad—aunque siempre es difícil adivinar, anticiparse al tiempo—. Con sólo 19 años—nació en Huesca en 1958—ha sabido encontrar una indudable personalidad en el arte. Y esto no es fácil. Su biografía corta nos dice que cursó los estudios de bachiller superior en nuestra ciudad, ingresando posteriormente en la Escuela de Artes Aplicadas y Oficios Artísticos de Zaragoza. Haciendo un paréntesis en estos estudios, se matricula en el Colegio Universitario de Huesca para estudiar medicina, disciplina que abandona para continuar los cursos interrumpidos sobre dibujo y pintura.

Ha participado en la exposición de “Artistas Altoaragoneses”, convocada y organizada por el Museo de Arte Contemporáneo del Altoaragón, de la Diputación Provincial, que posteriormente presentó una exposición individual de su obra como promoción a un joven valor. Concurrió anteriormente al “Primer Salón de Invierno



Estúpido urbano con "S" pectoral

Obra de Enrique Torrijos.



Clo-Clo

Obra de Enrique Torrijos.

del Real Aero-Club”, del que recibió un accésit. Lástima. Siendo seleccionado en el Premio Nacional de Dibujo “Antonio del Rincón”. Realizó el cartel anunciador del “V Certamen Internacional de Films Cortos “Ciudad de Huesca”.

Lo importante es que presentará una exposición en “Juana Mordó”, de Madrid, la famosa galería soñada por cientos de artistas.

Enrique sufre cuando dibuja, luego se siente confortado, realizado. Todo lo mueve un orden y una voluntad.

¿Pero qué piensa Enrique Torrijos, del arte, de la vida? Intentemos enderezar esta fisonomía interior, que casi siempre queda oculta.

—¿Cómo ves el arte?

—Entiendo el arte como una óptica que va implícita en el hombre y le permite interpretar, deformar o abstraer la realidad. Decía Ortega que el objeto artístico sólo es artístico en la medida en que no es real. Y esta visión subjetiva de lo real, que de alguna forma nos provoca una alteración constante, pienso que puede ser espontánea y salvaje. Surgiendo directamente del subconsciente del individuo, recordando por ejemplo a Bretón y la escritura automática o a cualquiera de los pintores gestuales. O bien puede estar marcada por la ironía como principio inteligente de negación de lo natural y en consecuencia por el desarrollo consciente de una idea.

Sé que habría que hablar de muchos matices, como la eterna disyuntiva entre el estilo y la idea, muy bien analizada por Pierre Boulez, la relatividad de los valores estéticos y las tendencias o la función social del arte, pero ésto requiere un tiempo y un espacio del que no disponemos. En definitiva, creo en el arte, porque creo en el hombre fundamentalmente y sobre todas las cosas y porque pienso que la finalidad creativa del individuo es la única aspiración digna que se puede tener. Todas las demás, las considero incluso escandalosas.

—¿Por qué dibujas?

—Dibujo, y te hablo con sinceridad, porque me divierte darle a mi vida un carácter lúdico. La verdad es que quiero reirme de todo un poco, empezando por mí mismo. Decía Octavio Paz en la rotación de los signos que la risa nos acerca a los dioses y que es una forma de suplantar a la divinidad. A fin de cuentas, soy un cínico que ve la única solución posible en el humor, que juega con los conceptos, que conoce o intuye dentro de un estilo que bien podríamos llamar



Entre cacharros

Obra de Enrique Torrijos.

“porque me da la realísima gana”, y que si por algo tiene miedo de llamarse escéptico, es por el peligro de caer en una suficiencia estúpida.

—¿Te definirías tú mismo “artista”?

—Ya sé que desembocamos inevitablemente en el concepto “artista”. Me inclino más por la idea de Duchamp, considerándolo como artesano, un trabajador al estilo de Rubéns, Velázquez o el Greco—que por cierto me horroriza—, y no hacia la imagen falseada y capciosa que de él se tiene en la actualidad. Una imagen que, afortunadamente, se va perdiendo a pesar del cretinismo y los oscuros intereses de determinados sectores, a los que podría aplicar la definición que daba Freud de determinados artistas, afirmando que eran personas cuya única finalidad era conseguir fama, dinero y mujeres.

Particularmente me considero aprendiz, en el inmejorable sentido de la palabra.

—A veces en tu obra, pesa todo un mundo literario, un mundo de ideas.

—Sí. Puede que se aprecie cierta carga literaria en mis dibujos. Es algo que hoy por hoy no puedo ni quiero evitar forzosamente, porque sale directamente de mi subconsciente, y siendo así ni me importa ni me preocupa. Sin embargo, estoy totalmente en contra de la literatura consciente que rodea al cuadro antes o después de su realización hasta convertirlo en una simple ilustración de la teoría. Este hecho lo denunciaba Tom Wolf refiriéndose especialmente a los vanguardistas americanos, entre ellos, Leo Steinbreg, Polloc o Greenberg.

No se puede convertir la pintura en una especulación que al cabo sólo puede llevarnos a un sitio: la mera especulación.

—¿Admites la crítica de arte?

—Siempre y cuando sea parca en palabras y “objetivamente subjetiva”, al no estar condicionada por la monotonía de algunos críticos, consistente en ponerse por encima del autor, e incluso de la obra. Aunque parezca increíble...

La mano segura de este joven artista oscense, coge ese enigmático personaje nacido en el misterioso mundo de la contrafigura humana como salida del surrealismo. Siempre busca un significado. De ahí que estos dibujos sean excesivamente cerebrales. Muchas ve-

ces me he preguntado si intenta humanizar, deshumanizando el perfil de ese hombre condicionado, mediatizado por una realidad externa social que lo rechaza.

Enrique Torrijos es minucioso, descriptivo, orfebre en pulcritud de trama y trazo, dominado hasta la exageración. El arte, para él, ha dejado de ser una aventura. Vive de cara a una realidad de búsqueda y proyección hacia el futuro. Necesita ser él en todo instante. Pese a sus pocos años, su obra ha llegado ya a una madurez.

Un día vino a nosotros esperando, no un consejo, sino la cruda realidad de esa realidad de querer estar en el arte. No, no teme la frustración, aunque se sienta insatisfecho, que es el mayor estado de gracia de un artista.

Viejos amigos a quienes hice ver su obra, me la elogiaron. Eran artistas tan distintos entre sí como Antonio Saura, Fernando Calderón, José Quero, José Orús, Julio de Pablo.

Sabes, Félix—me decía—, en mis dibujos procuro olvidar las formas románticas. Hago esquemas subjetivos y los llevo al papel de la forma más objetiva. Rompo al hombre por todas partes y lo intento reconstruir tratando a ese hombre como objeto.

De ahí, como decimos, que parte de esta obra sea gélida, cerebral, pero tremendamente viva en la realidad de su generación, por ese realismo descriptivo, punzante del mundo en que vive. Enrique Torrijos nos va dejando el paisaje interior del hombre, cogido desde la subjetividad de una realidad que se escapa porque la ve como entidad independiente. Todo queda en símbolo, en intuición, en significado. El valor puede estar también en la singularidad del drama que nos presenta, que nos quiere hacer ver como denuncia, o simplemente fenómenos de expresión, de posibilidad creativa.

FÉLIX FERRER GIMENO.